



azulejos

ANTOLOGÍA

# Cuentos de terror

---

Ilustración de tapa de  
HORACIO LALIA



# Cuentos de terror

Antología

ILUSTRACIONES  
DE INTERIOR DE  
FERNANDO CALVI

**Coordinadora de Literatura:** Karina Echevarría  
**Compilación y notas:** Elisa Salzmán  
**Corrección:** Mariano Sanz  
**Coordinadora de Arte:** Natalia Otranto  
**Diagramación:** Griselda Ponce  
**Ilustración de tapa:** Horacio Lalia. **Colorista:** Carlos Aon  
**Ilustraciones de interior:** Fernando Calvi

Cuentos de terror / Edgar Allan Poe ... [et al.] ; compilado por Elisa Salzmán. - 3a ed. - Boulogne : Estrada, 2018.  
128 p. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Roja ; 30)

Traducción de: Beatriz Vignoli.  
ISBN 978-950-01-2263-4

1. Literatura. I. Poe, Edgar Allan II. Salzmán, Elisa, comp. III. Vignoli, Beatriz, trad.  
CDD 863.9282



**Colección Azulejos - Serie Roja**

**30**

© Editorial Estrada S. A., 2012.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2263-4

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

# **El tonel de amontillado**

Edgar Allan Poe

## El autor

EDGAR ALLAN POE nació en Boston, Estados Unidos, en 1809 y murió en Baltimore, en el mismo país, en 1849. Fue un escritor, poeta, crítico y periodista, generalmente reconocido como uno de los maestros universales del relato corto, del cual fue uno de los primeros practicantes en su país. Fue renovador del género gótico, destacado especialmente por sus cuentos de terror.

Soporté lo mejor que pude las mil ofensas de Fortunato, pero cuando osó insultarme, juré venganza. Ustedes, que conocen tan bien la naturaleza de mi alma, no supondrán, sin embargo, que emití una amenaza. A la larga yo sería vengado; este era un punto ya incuestionablemente decidido —pero la misma decisión con que lo había establecido excluía la idea de riesgo. No solo debo castigar, sino castigar con impunidad<sup>1</sup>. Una afrenta<sup>2</sup> no queda desagraviada<sup>3</sup> cuando la retribución perjudica al vengador. Queda igualmente sin desagravio cuando el vengador no logra hacerse reconocer como tal ante el causante de la afrenta.

Debe entenderse que, ni de palabra ni de obra, le di motivo a Fortunato para que dudara de mi buena voluntad. Continué, como era mi costumbre, sonriéndole, y él no percibió que lo que me hacía sonreír ahora era pensar en su inmolación.

---

1 Hecho de quedar sin castigo una acción que lo merece.

2 Ofensa.

3 Compensada, sin efecto.

Tenía un punto débil, este Fortunato, aunque en otros aspectos era un hombre digno de respeto y hasta de temor. Se jactaba de ser un conocedor de vinos. Pocos italianos tienen el verdadero espíritu del catador<sup>4</sup>. En su mayor parte adoptan un entusiasmo impostado<sup>5</sup> según el momento y la oportunidad, para practicar la charlatanería a expensas de los millonarios británicos y austríacos. En pintura y piedras preciosas, Fortunato, como sus coterráneos, era un farsante; pero en cuanto a vinos añejos era sincero. En este aspecto, yo no difería sustancialmente de él; también entendía de buenos vinos, y los compraba en grandes cantidades siempre que podía.

Fue cerca del anochecer, en una velada durante la suprema locura de la época de carnaval, cuando me encontré a mi amigo. Me abordó con excesiva calidez, porque había estado bebiendo mucho. El hombre iba disfrazado de bufón. Llevaba puesto un ajustado traje a rayas, y su cabeza iba coronada por el gorro cónico con cascabeles. Yo estaba tan complacido de verlo que pensé que nunca iba a terminar de estrecharle la mano.

Le dije:

—Mi querido Fortunato, qué afortunado encuentro<sup>6</sup>. Qué notablemente bien se te ve hoy. Pero he recibido un barril

---

4 Persona experta en el reconocimiento de vinos.

5 Forzado, fingido.

6 En italiano, el nombre Fortunato significa “el de buena suerte”. Como se comprueba al final del cuento, la elección de este nombre tiene un sentido irónico.

de algo que hacen pasar por amontillado<sup>7</sup>, y tengo mis dudas.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Amontillado, un barril? ¡Imposible! ¡Y en pleno carnaval!

—Tengo mis dudas —repliqué—, y fui tan incauto que pagué el precio completo del amontillado sin consultarte. No te encontraba, y temí perder una oportunidad.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y debo solucionarlas.

—¡Amontillado!

—Como hoy ya tienes otro compromiso, voy a ir a ver a Lucreci.

—Lucreci no sabe distinguir el amontillado del jerez<sup>8</sup>.

—Y aun así, algunos idiotas lo tienen por alguien de un gusto comparable al tuyo.

—Adelante, vamos.

—¿Adónde?

—A tus bodegas.

—Amigo mío, no; no me aprovecharé de tu natural bondad. Percibo que tienes un compromiso. Lucreci...

—No tengo ningún compromiso. Vamos.

---

7 Vino generoso andaluz de añejamiento extraordinariamente largo.

8 Vino fortificado de sabor seco, oriundo de España. Los vinos fortificados se logran por el agregado de bebidas espirituosas en algún punto de su crianza.



—Amigo mío, no. No es el compromiso, sino el evidente resfrío grave que tienes. La humedad es insoportable en las bodegas. Están cubiertas de costras de salitre.

—Vamos, como sea. El frío no es nada. ¡Amontillado! Te engañaron. Y en cuanto a Lucreci, no distingue el jerez del amontillado.

Tras decir esto, Fortunato se apoderó de mi brazo; yo me calcé una máscara de seda negra y me envolví apretadamente en mi roquelaure<sup>9</sup>, dejándome acompañar por él hasta mi palacio.

No había sirvientes en casa; se habían escapado para festejar en honor de la fecha. Yo les había avisado que no volvería hasta la mañana siguiente, dándoles órdenes concretas para que no estorbaran por la casa. Estas órdenes eran suficientes, de sobra lo sabía yo, para garantizar que desaparecerían de inmediato en cuanto les volviera la espalda.

Tomé dos antorchas de los hacheros, entregué a Fortunato una de ellas y lo guié, haciéndolo encorvarse a través de distintos aposentos por el abovedado pasaje que conducía a la bodega. Bajé delante de él por una larga y tortuosa escalera, recomendándole que adoptara precauciones al seguirme. Llegamos, por fin, a los últimos peldaños, y nos encontramos, uno frente a otro, sobre el suelo húmedo de las catacumbas de los Montresor.

---

<sup>9</sup> Capa larga hasta la rodilla que usaban los miembros de la nobleza en los siglos XVIII y XIX. Debe su nombre al duque de Roquelaure, mariscal francés.

El andar de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su gorro cónico tintineaban ante cada una de sus zancadas.

—El barril —dijo.

—Está más allá —le contesté—. Pero observa esa telaraña blanca que reluce en las paredes de la caverna.

Se volvió hacia mí y me miró con sus nubladas pupilas, que destilaban las lágrimas de la embriaguez.

—¿Salitre? —me preguntó, por fin.

—Salitre —le contesté—. ¿Hace mucho que tienes esa tos?

—¡Cof, cof, cof! ¡Cof, cof, cof! ¡Cof, cof, cof! —A mi pobre amigo le fue imposible contestar hasta pasados unos minutos.

—No es nada —dijo al fin.

—Ven —le dije enérgicamente—. Volvémonos. Tu salud es muy valiosa, amigo mío. Eres rico, respetado, admirado, querido. Eres feliz, como yo lo fui en otro tiempo. Eres alguien a quien extrañarían. Por mí, no importa. Volvémonos. Podrías enfermarte y no quiero cargar con esa responsabilidad. Además, cerca de aquí vive Lucesi...

—Basta —me dijo—. Esta tos no es nada. No me va a matar. No me voy a morir de tos.

—Verdad, verdad —le contesté—. Realmente, no era mi intención alarmarte sin motivo, pero debes tomar todas las precauciones que hagan falta. Un trago de este medoc<sup>10</sup> nos defenderá de la humedad.

---

<sup>10</sup> Vino tinto de cuerpo suave y sabor fuerte, oriundo de la región del Médoc, al sudoeste de Francia.

Y diciendo esto, rompí el cuello de una botella que saqué de entre una larga hilera de sus compañeras, acostadas en el musgo.

—Bebe —le dije, ofreciéndole el vino.

Se llevó la botella a los labios, mirándome de soslayo. Hizo una pausa y me saludó con familiaridad. Los cascabeles sonaron.

—Bebo —dijo— a la salud de los sepultados que descansan en torno nuestro.

—Y yo, porque vivas muchos años.

De nuevo me agarró de un brazo y seguimos caminando.

—Estas catacumbas —me dijo— son enormes.

—Los Montresor —le contesté— eran una familia muy importante, y numerosa.

—He olvidado cuáles eran sus armas.

—Un gran pie de oro en campo de azur<sup>11</sup>. El pie aplasta a una serpiente rampante, cuyos dientes se clavan en el talón.

—¿Y el lema?

—*Nemo me impune lacessit*.<sup>12</sup>

—¡Muy bueno! —dijo.

Brillaba el vino en sus ojos y tintineaban los cascabeles. También se caldeó mi fantasía a causa del medoc. Por entre

---

11 En heráldica, el color azul recibe el nombre de “azur”. La heráldica es el arte y el estudio de los blasones, es decir, los escudos de las familias nobles; en los blasones, cada elemento posee un significado simbólico.

12 Locución latina: “Nadie me lastima impunemente”. Lema de la corona de Escocia. En la heráldica, el lema es la frase breve que se inscribe en el blasón.

las murallas formadas por montones de esqueletos, mezclados con barriles y toneles, llegamos a los más profundos recintos de las catacumbas. Me detuve de nuevo; esta vez me atreví a asir a Fortunato de un brazo, por encima del codo.

—El salitre —le dije—. Mira cómo va aumentando. Como si fuera musgo, cuelga de las bóvedas. Ahora estamos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran por entre los huesos. Ven. Volvamos antes de que sea muy tarde. Esa tos...

—No es nada —dijo—. Sigamos. Pero primero tomemos otro traguito de medoc.

Rompí una botella de vino de De Grave y se lo ofrecí. La vació de un trago. Sus ojos llamearon con ardiente fuego. Se echó a reír y tiró la botella al aire con un ademán que no pude comprender.

Lo miré sorprendido. Repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

—¿No comprendes? —preguntó.

—No —le contesté.

—Entonces, ¿no eres de la fraternidad?

—¿Cómo?

—¿No perteneces a la masonería<sup>13</sup>?

—Sí, sí —dije—. Sí, sí.

—¿Tú? ¡Imposible! ¿Masón<sup>14</sup>?

---

13 Nombre de una sociedad secreta.

14 Miembro de la masonería; en francés, "albañil".

—Masón —repliqué.

—A ver, un signo —dijo.

—Este —le contesté, sacando de debajo de mi *roquelaure* una cuchara de albañil.

—Bromeas —dijo, retrocediendo unos pasos—. Pero, en fin, vamos a buscar el amontillado.

—Bien —dije, guardando la herramienta bajo la capa y ofreciéndole de nuevo mi brazo. Se apoyó pesadamente en él y seguimos nuestro camino en busca del amontillado. Pasamos por debajo de una serie de bajísimas bóvedas, bajamos, avanzamos luego, descendimos después y llegamos a una profunda cripta, donde la impureza del aire hacía que nuestras antorchas resplandecieran como rescoldos, en lugar de brillar.

En lo más apartado de la cripta, se descubría otra menos espaciosa. En sus paredes habían sido alineados restos humanos, que se amontonaban en la cueva por encima de nosotros, como en las grandes catacumbas de París. Tres lados de aquella cripta interior estaban también adornados del mismo modo. Del cuarto habían sido retirados los huesos y yacían esparcidos por el suelo, formando en un rincón un montón de cierta altura. Dentro de la pared, que había quedado descubierta por el desprendimiento de los huesos, se veía todavía otro recinto interior, de aproximadamente un metro y medio de profundidad y uno de anchura, y con una altura de dos o dos y medio. No parecía haber sido construido para un uso determinado, sino que formaba



# ÍNDICE

<i>El tonel de amontillado</i> , de Edgar Allan Poe .....	3
<i>La ventana clausurada</i> , de Ambrose Bierce .....	19
<i>El relato del polvo blanco</i> , de Arthur Machen .....	31
<i>Desde lo oscuro</i> , de H.P. Lovecraft .....	65
<i>Las ratas del cementerio</i> , de Henry Kuttner .....	79
<i>El escuerzo</i> , de Leopoldo Lugones .....	95
<i>La miel silvestre</i> , de Horacio Quiroga .....	105
<i>María de mi corazón</i> , de Gabriel García Márquez .....	117